VIDA Y CONCIENCIA

MANUEL SERRANO MARTÍNEZ

VIDA Y CONCIENCIA

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI

Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal

Vida y conciencia
© Manuel Serrano Martínez, 2024
© Digital Reasons, 2024
Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons
Imagen: *Psyque abriendo la caja de oro*, de John William Watherhouse.

ISBN (papel): 978-84-10093-07-2
D.L.: M-35500-2023
ISBN (digital): 978-84-10093-08-9

Ficha bibliográfica: Serrano Martínez, Manuel (2024): *Vida y conciencia*. Madrid, Digital Reasons.

Imprime: Podiprint.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción 7

Conciencia del mundo 13

La materia y la vida 13

La relación consciente 25

Certezas y evidencias 36

La expresión humana 50

Conciencia de mí 59

¿Quién soy yo? 59

Historicidad y memoria 71

Sentimientos, emociones y amor 84

Conciencia de ser 95

Libertad 95

Intuición 103

Conciencia de vivir 116

Introducción

Las preguntas que a veces nos hacemos sobre qué es una persona, es decir, la entidad real de un sujeto, sea por ejemplo yo mismo, exigen respuestas, que acaban siendo referidas a aquello que tenemos en común todos los seres humanos como componentes individuales de una especie diferenciada de las demás especies. Si en este proceso, yo me contentara con el descubrimiento de la razón, como si esto fuera todo, siendo válida esta respuesta a la pregunta inicial, apenas llega a satisfacer mi curiosidad. Cualquiera de nosotros damos por supuesto que tenemos un algo misterioso, como si fuera un principio específico de nuestra especie, que equipara a los humanos entre sí y los distingue de los otros seres vivos. Pero no sabemos qué es. Porque la vida por sí misma ya es misteriosa. Nadie la entiende a fondo y nadie puede explicarla. Y tampoco sabemos qué representamos como colectivo humano en el desarrollo de la naturaleza. Quizá figuramos como el final del proceso evolutivo universal que nos ha llevado a ser lo que somos como seres humanos. La evolución universal dio comienzo verdaderamente con la aparición de las primeras partículas de la materia, y pensamos, no parece que ilusamente, que acaba en el hombre como ser distintivamente superior a los demás seres vivos. El recorrido necesario ha sido extraordinariamente dilatado en el tiempo y no se sabe claramente para qué. En definitiva, y como respuesta a la pregunta principal de esta investigación, quisiera ayudar a definir cuál es la propiedad que en el ser humano –*Homo sapiens sapiens*– se encuentra instalada específicamente y le impulsa a constituirse como director y dominador de todo lo natural. ¿Qué somos realmente?

Se han establecido discusiones sobre la naturaleza del hombre como especie, empezando por Aristóteles, que lo identifica como un *zôon politikon* o *zôon logon ekhon*, es decir, un animal social capaz de pensar, en traducción más o menos libre. Otros lo identifican, convencidos, como un espíritu encarnado, es decir, dando más énfasis a lo inmaterial de su esencia que subyace a una forma corporal. Todo depende de la afinidad del filósofo ocupado en estos temas por ideas más o menos naturalistas o más bien trascendentes de la existencia humana. Pero las opiniones no establecen evidencias. Como veremos, el ser humano constituye una sorprendente e indiscutible fusión de capacidades. La naturaleza humana podría definirse por la capacidad de desear, y llegar a desear tanto que nada puede llenar ese deseo por el que todos parece que aspiramos a un infinito o absoluto inentendible, al que generalmente renunciamos por resistencia o espanto, y más en el tiempo reciente. Sería apropiado denominar *desideratum* a esta irrefragable tendencia referida al fin del hombre, a la ideal culminación de su capacidad natural, como necesidad implícita en nuestra existencia y que dotaría de sentido a las acciones humanas. Pero esto debería demostrarse antes de ser aceptado como explicación de la diferencia del ser humano con todos los demás vivientes.

Desde la era hipocrática, hace ya un periodo nada desdeñable de veinticinco siglos, el cerebro animal es considerado como el órgano que rige toda la actividad vital, y actúa como mensajero e intérprete, esto es: como el centro de recepción sensorial y a la vez traductor del significado de la realidad, de la cual trata de extraer aquella utilidad o verdad con la que los seres vivos se relacionan. La función superior cerebral, el pensamiento, se dirige siempre hacia la verdad.

Las cualidades y particularidades psiconeurológicas del ser humano le convierten, en una síntesis de poca finura intelectual, sujeto y objeto de observación. Y es poco pulcra esta síntesis porque el ser humano no se puede identificar objetivamente a sí mismo, sino solamente como sujeto. El misterioso concepto del yo es anterior al sujeto, no es por lo tanto sustantivable. Por consiguiente, los parámetros con los que puede compararse están dentro de sí mismo y por ello no puede definir nada objetivo sobre su yo particular. Concluimos por fin que solamente cada uno puede intentar averiguar, sin llegar nunca al fondo, cuál es la naturaleza de su propio ser y, no importa cuántas teorías u opiniones se viertan en relación con esta incógnita, podría intentar generalizar el resultado de su autoindagación a toda la raza humana mediante una extrapolación lógica.

Cuando encuentro en mi humanidad una irresistible atracción natural hacia la verdad, considero que ese mismo impulso debe estar también presente en el resto de los componentes de la especie humana, y es así porque compruebo que nadie busca como fin de su vida la falsedad o la mentira, sino lo verdadero, o al menos lo transitoriamente útil tomado por verdad. Por muy distraído que esté yo, por muchas cosas que tenga en mi vida o esté apegado a mi propia figura en el mundo, experimento «sobresaltos íntimos» cada vez que encuentro algo que me impacta por su belleza o por su bondad, e inmediatamente me planteo si pudiera representar a la verdad o no y cuál es el origen de esa atracción, de qué lugar de mi persona nace. El hombre conquistado por la externalidad es el hombre fenomenológico, pero el hombre sorprendido y ganado por la belleza revela una afinidad inexplicable a su *desideratum*. Esta misteriosa disyuntiva, ser de una u otra manera solamente podría explicarse mediante la afirmación de una cualidad que constituiría el núcleo de la persona humana. Con toda

licitud llamo a esta cualidad autoconciencia, origen del inquieto interés por conocer y conocerse. Lo más profundo de nuestro interior, sentido como existencia personal.

Aquello que observamos en nosotros y en nuestro alrededor que nos asombra, como una cosa portentosa y extraordinaria, es la propia vida. En ella se intenta penetrar con la maravillosa capacidad de pensar para considerar lo que la vida es, y lo que son en sí mismas las cosas que nos rodean. Es decir: el mundo, el yo y el ser. Y los modos posibles de ocultarse de la verdad pueden ser: el desinterés por la realidad del mundo circundante dándola por supuesta; ausencia de la visión de uno mismo como portador de autoconciencia; o el abandono de la pregunta de qué es lo que sostiene la entidad de las cosas.

Cuesta mucho, yo diría que es imposible, considerar a la persona exclusivamente como un conjunto, más o menos ordenado de propiedades físicas e intelectivas relacionadas entre sí, carente de una dirección. Esto me ha llevado a preguntarme cuál de estas propiedades, si hay alguna, puede ser considerada la más específica de lo humano, la que da unidad a la persona. En mi parecer tiene que existir un director de orquesta que gobierne el conjunto y que lo defina. La complejidad de la tensión vital en los seres vivos parece un intrincado nudo que no puede deshacerse sin aceptar un principio misterioso. Más aún, en las incógnitas contenidas en la consideración del ser humano se intuye un enigma que estimula un impulso inevitable hacia la investigación de qué cosa somos. La hipótesis que propongo es que el director de todo el conjunto debe ser lo que llamamos «conciencia».

Es oportuno, para investigar en el propósito de este estudio, analizar, aunque sea someramente, cuáles son los procesos básicos que conducen las actuaciones humanas. El camino que se debe proponer es la investigación de qué cosa es la conciencia en los seres vivos, y la relación de esa facultad con la inteligencia y la razón, con la libertad y la memoria, y determinar si la conciencia es capaz de definir al ser humano como unidad ontológica. A través de los contenidos de esa conciencia cobrarían las vivencias su verdadera entidad. La empresa de caracterizarla es a la que me dedicaré en este trabajo.

A la conciencia la concibo como una asistente sencilla y simple, aunque imprescindible, con la que se contacta con el exterior del ser vivo. Esta expresión quiere representar, en los humanos, el núcleo de la persona a donde llegan las informaciones sensoriales y también, cuando está abierto y receptivo, los sentimientos y juicios que se despiertan ante esa realidad, donde se eligen las acciones y se intuye el significado último de la relación de las cosas con el propio yo.

La conciencia sería lo que permite caer en la cuenta de la verdad de la existencia y también el principio de las acciones de todos los seres vivos. Por eso debemos tratar de tres vertientes de esa verdad, que en sí misma contiene primero la conciencia de la realidad del «mundo» en la que nos movemos como el terreno de las circunstancias propias; en segundo lugar, la contemplación de uno mismo, es decir, del «yo» como sujeto, donde radican las capacidades necesarias para enfrentarse a la vida; y, por último, la conciencia de aquello que es por sí o causado por otro, o sea, lo que llamamos «ser», es decir, la profundidad del sentido o significado de la existencia. He elegido este orden para ir desde la conciencia del exterior sensible hacia el interior no visible que se relaciona con lo real como objeto más puro de la conciencia, origen y finalidad de la acción humana.

Seguramente debo terminar esta introducción declarando que lo habitual es que cuando alguien escribe sobre las respuestas que suscitan sus propias preguntas íntimas no puede prescindir de las creencias constitutivas del receptáculo de sus pensamientos, donde estos cobran peso. Por eso quiero poner en claro que allí donde me enfrente al misterio de lo impalpable mostraré que hay una red que me impide caer al vacío del escepticismo, aunque solamente cuando piense que es necesario para explicarme. Sin embargo, el hecho de que yo tenga una fe concreta, una certeza que ha cobrado fuerza con el tiempo, y que ocasionalmente deba exponerla en relación con los temas que voy a tratar aquí con respecto a la persona humana, no quiere decir que yo intente transmitir mis convicciones. Puede ser únicamente un tema de reflexión para el lector. Eso sería lo más adecuado, como lo es para mí el que haya otros sistemas de pensamiento que me hagan considerar puntos de vista distintos a los míos para la explicación de aquellos temas que son menos evidentes para la razón.

Conciencia del mundo

La materia y la vida

La conciencia asienta sobre la vida. En cierto modo, hay una equivalencia entre vida y conciencia como iremos viendo. Es preciso observar un ser animado para intuir que, de algún misterioso modo, «sabe lo que hace». Y llamo conciencia a esa cualidad inmanente en un organismo vivo a través de la cual contacta íntimamente con el exterior. La realidad es la contrapartida de la conciencia. Ambas se complementan polarmente, entre ambas se elabora la vida activa. Los seres que en primer lugar se sienten vivos encuentran fuera de sí mismos la realidad segunda, derivada de la materia exterior, a la que se dirigen y de ella se sirven para progresar (alimentarse, respirar, trasladarse, reproducirse) en cualquiera de los modos en que usemos esa expresión y en cualquiera de los significados que demos al término «progresar». En cuanto la célula procariota, en su progreso a eucariota, adquiere una autonomía funcional, puede hacer dos cosas: o bien inicia formas unicelulares ancladas a lo inerte, de lo cual se sirven, como vida vegetal más o menos rígida e inmóvil, como hacen las algas, que reciben luz solar y así obtienen la energía derivada de la fotosíntesis, o bien, como en las primeras amebas que se alimentan y dividen gracias a su membrana flexible, o protozoos flagelados autopropulsados para buscar su sustento y así mantenerse y poderse reproducir. Es decir, el movimiento hace que el ser se mantenga y se dirija a la realidad.

Esta relación del ser animado con la realidad primordial encaminada al progreso como finalidad es consecuencia de que la vida orgánica toma asiento en la

materia y ventaja sobre lo inerte. No digo que la vida derive de la materia mecánicamente, sino que toma asiento sobre ella. La vida está sustentada por la materia, pero el comienzo del dinamismo necesario para su automantenimiento tiene mucho de ignoto. Es misterioso en su origen y en su dominio de la materia. Todo el mundo sensible tiene su origen físico en la materia, aunque no sea la materia su causa. Es decir, desde el primer momento, todo lo existente en el universo tuvo su principio en lo que llamamos «creación», que originalmente lo fue de la energía y, como consecuencia, de la materia. La afirmación intuitiva de la existencia de un mundo material eterno no se puede mantener ni lógica ni científicamente. Se trata más bien de una opinión por conveniencia de alguna idea previa, prejuicio por lo tanto.

Los físicos han determinado que el primer acto de donde proviene la materia estuvo constituido por un «brote» de una inmensa, «infinita», energía, y de ésta se originan las primeras partículas portadoras de una nueva propiedad que se llama masa, en donde asienta ya la materia. Son esas las primeras partículas elementales que dan lugar a los átomos, y de estos provienen las moléculas como consecuencia de combinaciones indiscriminadas de todos los átomos entre sí. Estas reacciones suceden en lo inerte primordial, incapaz de automantenerse por un automatismo físicoquímico inmanente, depende de reacciones químicas ciegas. Unas moléculas son estables y otras no, mientras que otras combinaciones son imposibles. Así, vienen a formarse los distintos compuestos, simples unos, complejos otros, que dan lugar objetivamente al conjunto de cuerpos materiales que llamamos universo. Pero sucede que en esta recombinación atómica espontánea original empiezan a formarse ciertas moléculas que son iguales a las que observamos hoy en el dinamismo reproductivo fisiológico de los seres vivos. Y esto llama la atención y suscita preguntas. ¿Cómo esos compuestos atómicos llegan a adoptar un comportamiento dinámico replicándose en moléculas idénticas a las primeras y también modificándose con una tensión y sentido autoperfeccionante a lo largo de toda la historia natural? Lo que inicialmente era inerte se convirtió en orgánico, es decir, cobró vida, formó organismos con una nueva propiedad de autonomía que conocemos por las investigaciones en fisiología, se sometió a las reglas de la evolución progresiva en capacidades y continuó propagándose hasta hoy en todos los seres vivos que observamos, con una dirección en la que el caos y el azar están ausentes porque el cambio evolutivo apunta a la perfección.

Intentemos definir la vida. Tarea imposible, me parece, si pretendemos incluir en tal definición a su causa física y a su propiedad de propagación indeterminada. Nos aproximamos a ella a través de descripciones, pero su verdadera naturaleza es secreta. La vida se puede describir físicamente como el conjunto de movimientos atómicos y moleculares automantenidos, de naturaleza fisicoquímica y sujetos a «sistemas orgánicos» mediante un dinamismo intrínseco y autónomo. Entendemos por sistema al conjunto de moléculas y funciones fisiológicas que relacionándose entre sí tienen una común finalidad, y por orgánico lo que está formado por átomos de carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, fósforo y azufre. Lo orgánico, haciéndose progresivamente más complejo, ha dado lugar a organismos (sistemas de sistemas) capaces de individualizarse en la naturaleza.

Estos sistemas u organismos, como decimos, son capaces de automantenerse, aunque no de iniciarse a sí mismos, mediante señales simples de información estimulante o represiva de los fenómenos fisicoquímicos vitales (solo abordables como fenómenos observables y descriptibles), o bien a través de mecanismos más